



**Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla**

Pregón

Semana Santa 1986

Francisco Morales Padrón

Pregón de la Semana Santa Sevilla

16 de marzo de 1986

Francisco Morales Padrón



LAS RESPUESTAS DEL PREGONERO

¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué estoy? *

No soy un teólogo notable; no soy tampoco un ilustre Hermano Mayor; ni, menos, un entronizado capillita, ni un significado periodista, ni un sabio antropólogo o sociólogo. Soy simplemente, un nazareno de filas, de tramo delantero, que vive la Semana Santa con un inmenso amor a Sevilla, teniendo todos sus sentidos golosamente abiertos, y con una fe y una sensibilidad que Dios me ha dado y a las que no renuncio.

Estoy aquí por la generosa e indulgente voluntad del Consejo General de Hermandades y Cofradías, que creyó en mí y a quien desde mi alma agradezco el honor otorgado y la confianza invertida en mi persona. Su fe acrecienta la mía. Sin otros méritos que los enunciados, estoy aquí para repetir una invitación que la ciudad anuncia cada año desde hace siglos: actualicemos el significado de la Pasión con el fin de avanzar en el conocimiento y reconocimiento de Jesucristo.

Yo no he nacido en Sevilla, pero mi corazón, como el del poeta sevillano, está donde ha nacido el amor. Y si alguien me regateara méritos para pregonar la Pasión según Sevilla, Quinto Evangelio, tendría también que cuestionarle a mi Madre, en sus ochenta y ocho años, el derecho y la fe de llevar escondido en su pecho, desde hace muchos años, un clavel del Cachorro, que hay que renovarle anualmente.

No he nacido en Sevilla, pero he renacido y vivo en y a Sevilla. Creen los



sevillanos, a semejanza de los venecianos, que vivir, lo que se dice vivir, únicamente se puede realizar en su ciudad. Y yo igualmente lo creo. Por eso me he fundido con Sevilla, tan mía ya como vuestra. Tan suyo yo de ella, como vosotros. Porque si andaluz es todo aquel que participa de una cultura que tiene por escenario el singular territorio llamado Andalucía, esta definición, llevada al mapa del no menos singular reino de Sevilla, nos señala quién es sevillano. Además, la pertenencia a un lugar, a un modo de vida, a una cultura, no es cuestión de partida de nacimiento ¿Quién se atrevería a decir ahora mismo que María no es sevillana o andaluza?

* En el acto, celebrado el domingo 16 de marzo, el autor inició su alocución con el protocolario encabezamiento, de acuerdo con las autoridades presentes



SE INSINUA UN NUEVO TIEMPO

Nuestra Religión ha hecho que el transcurrir de los días del año se ajuste a un orden pasional. A la alegría íntima y familiar de la Navidad sucede el desenfreno público y ruidoso del Carnaval; y a éste la tristeza recogida de la Semana Santa, exaltación de la muerte, justo en el momento en que explota la estación que canta a la vida. Tremendo contraste. El calendario con sus estaciones va fijando ese orden que los hombres seguimos y en el que se alternan muerte y vida, pesadumbre y alegría, desolación y esplendor, frío y calor. Es la concepción dramática de la Naturaleza y de la vida con repercusiones en la Religión. Pero en Sevilla estas alternancias han sufrido un vuelco; aquí de la Navidad se pasa a la Semana Santa. Los días de ajetreo, inconsciencia, alegre desenfreno, inversión del orden normal, no preceden a la Semana Santa, sino que van después de ella.

Pasado el ciclo de Navidad, de olores y gustos especiales y de paisajes mortecinos, Sevilla sufre su Transfiguración. Comienza a prepararse para brillar como el sol, vistiendo ropas esplendentes como la luz¹ para, contradicción, recordar un drama. La aproximación a ese instante la realiza la ciudad mediante mutaciones en sus percepciones sensoriales, que van del tacto a la vista. El sevillano ya en los días de enero y febrero, abre el arcón de las sensaciones y comienza a través de la madera, el cristal, el terciopelo, la cera, el incienso y la luz a presentir un tiempo que se le va colando por las puertas de los sentidos y que le prepara para la total transfiguración en el mes de la luna de Nisam.



SE INSINUA UN NUEVO TIEMPO

Es entonces, cuando el Aljarafe, "que blandamente se levanta a la parte de Occidente"² se hace Getsemaní. Y las puertas de Sevilla se transforman en las puertas de las Ovejas, del Agua de los Esenios y Puerta del Valle... Y todo su urbanismo "por donde han pasado... tantas y tan grandes inundaciones de gentes fieras y bárbaras que viene a ser especial privilegio de la mano de Dios que permanezca la misma ciudad"³. Se convierte en Vía Sacra. Y Sevilla se transmuta en Jerusalén, donde cada judío después que se ganó la ciudad a los moros pagaba treinta dineros en memoria de los treinta en que compraron a Jesús⁴. Precio de sangre. La vieja crónica del siglo XVII reivindica para Sevilla el haber madrugado (es el verbo que usa Rodrigo Caro) en honrar a María con un templo y en defender su limpia concepción, y el contar con una Santa Iglesia Metropolitana desde el tiempo de los Apóstoles, y el haber sido llamada Santa Jerusalén, como la metropolitana y centro de su provincia. Es posible que todo esto sean fabulaciones mías y del cronista; y como éste mismo advierte, lo que anuncio "dirán luego los que se precian de muy críticos que no tiene fundamento, y yo que no lo soy, tampoco digo que es fe católica; pero que pudo así pasar, y las antiguas tradiciones e historias no así fácilmente se han de menospreciar"⁵. Pudo ser así, Sevilla se hizo -se hace- cada año Jerusalén, y un noble trasladando la Pasión a su ciudad, alzó en ella la Casa de Pilato y un vía crucis que recordaba el camino de Jesús hasta el Calvario. No fue así, pero pudo así pasar. Similar consideración se hacía el viajero italiano F. Várvaro Pojero a finales del siglo pasado⁶. Al visitar la Casa de Pilato, el portero le mostró el lugar



donde estaba sentado San Pedro cuando negó a Cristo, el sitio que ocupaba el gallo cuando cantó, el halcón desde donde Jesús fue presentado al pueblo, la columna a la que fue atado, y tantas otras cosas por el estilo. "Escuchando al guardián, dice Pojero, parece que él está convencido de que todo aquello es auténtico. No seremos nosotros, razona el viajero italiano, como Rodrigo Caro, quienes le quitemos tal ilusión". Por lo demás, "¿Quién nos asegura que lo que se muestra en Jerusalén sea más auténtico que lo que enseña en Sevilla este buen hombre?"

Nosotros seguimos creyendo que Sevilla se hace Jerusalén, y que el texto sagrado de Adviento nos ordena perentoriamente "Súbete a lo alto de un monte, heraldo de Sión; alza con fuerza la voz, heraldo de Jerusalén, álzala, no temas; di a los ciudadanos de Judá: "Aquí está nuestro Dios ". Aquí está nuestro Dios, repite el pregonero heraldo de Sevilla-Jerusalén. Aquí está nuestro Dios, padeciendo, muriendo y resucitando para dotar de total sentido a nuestras vidas cristianas. Ese es el mensaje del pregonero. No hay otro. Afirmación, reflexión y examen hecho ya principal motivo en la predicación cristiana primitiva⁷. Mensaje proclamado a los que están y a los que llegan; a los que están y a los que vienen peregrinando desde miles de sitios hablando decenas de lenguas, y con retinas diversas y distintas disposiciones.

Ya los viajeros del siglo pasado, que visitaban Sevilla, anotaban la variedad y disparidad de la muchedumbre que confluía hacia la ciudad por infinitos senderos. Como en la Jerusalén de Jesús. Gentes de los pueblos vecinos, de la región, del país, del extranjero, que hacen posible cualquier cosa. En primer lugar, el espectáculo. Sacerdotes, escribas, sanedritas, levitas, publicanos, saduceos, fariseos, esenios, zelotas, romanos, griegos, sirios, fenicios, libios, sevillanos... Todos están o arriban a Sevilla-Jerusalén, congestionada por una masa trémula, jubilosa, vehemente y acuciosa. La ciudad palpita aguijada por esta multitud sin cansancios, ávida de vivencias espirituales y sensoriales que se ofrecen en una mezcla indefinida e indefinible como en aquella Jerusalén primera, de una Judea "murada y desdeñosa", que iba a convertirse en la ciudad del Señor.



TIEMPO DE SEMANA SANTA

Especiales sentimientos y sensaciones acucien a la cita anual. Son ingredientes claves en la transformación que la ciudad comienza a experimentar en vísperas de su Semana Mayor. Ha llegado el tiempo deseado y presagiado. Tiempo especial, cuya cercanía percibimos meses antes. Tiempo, entre otras cosas, para la muerte de Cristo, que murió a su tiempo según la Carta a los Romanos⁸. Los tiempos van y vienen para que todos sean, al contrario de Dios que hizo los tiempos y fue antes que ellos. Los años de Dios son un hoy, un continuo presente, sin pretérito ni futuro, sin ayer ni mañana, un hoy que es eternidad⁹.

No así los nuestros. Casi con la primavera estalla uno de esos tiempos humanos, cargado de significado para la conmemoración. Y es que lo mismo que cada época de nuestra vida se caracteriza por unas cualidades, con sus crisis y ritos especiales, así el año nos va brindando sus estaciones o tiempos con sus notas tipificadoras. Tiempo de Semana Santa, amasado con el tiento de suaves tejidos, el perfume de una esencia eternamente nueva, el sabor de algo siempre por catar, la música de un sonido antiguo y la visión de la fresca luminosidad primaveral. Tacto, olfato, gusto, olor, oído y vista de nuestra Semana Santa que forman parte de la personalidad del sevillano desde que nace, al igual que el paisaje urbano o cualquier otro elemento del entorno vital. Ya están aquí las sensaciones de Sevilla en Semana Santa; y si nos encontramos lejos de la ciudad, igual captamos ese "tiempo", y la nostalgia nos embarga por no estar allí, en



Sevilla-Jerusalén.

La vista no se dará por satisfecha si no viniese en compañía del tacto, el paladar y el olfato. Y los cuatro sentidos quedarían incompletos sin la audición. Tres sonidos son para mí obsesivos: el rumor del gentío, el percutir de los tambores y el que producen las puertas de los templos al abrirse o cerrarse. Acompañan a estos sonidos el tintineo de los varaes, el murmullo de los pies de los costaleros, el rancio del oboe-fagot-clarinete, y el desentonado crac crac de las sillas al cerrarse una vez pasada la Soledad de San Lorenzo... Todos componen un mundo sensorial y emocional inexplicable. Obsesivo. Tan obsesivo como esos tambores insomnes que golpean las tardes, las noches y los amaneceres de Sevilla, y que, a semejanza de los signos de las estaciones, brotan nuevos y potentes cada año, como si de la primera vez se tratase. Música de insistentes tambores, hermanada al alarido de las trompetas, que como el "vino de caridad" mencionado en los Proverbios (vino con grumos de mirra) servía para alienar o adormecer los sentidos. Porque tambores y trompetas suenan y resuenan imponiendo su resonancia como si quisieran apagar la melodía de nuestras sensaciones y sentimientos para, a la postre, lograr un efecto contrario, ya que nos excitan, despiertan e invitan a buscar el cortejo que se avecina o se aleja, en un afán por despeñarnos en el delirio espiritual-sensorial del Señor o de la Señora que pasan.

Del mismo modo los días de Pasión -fe, sentimientos, sentidos, estética, urbanismo, ambiente- florecen cada año tras una gestación de ilusiones, afanes y sueños de quienes llevan la contabilidad de sus vidas por Semanas Santas. Palpaduras, olores, sabores, sonidos y visiones que lo trascienden todo: torres, espadañas, callejas, calles, plazas, placitas, casas, patios, azoteas, compases, jardines, personas... Nada se evade a esa atmósfera formada por miles de detalles: el fundir de la cera; el corretear de los niños por las rampas de El Salvador, el martilleo en el graderío de San Francisco; la caricia de unas telas sagradas; la presencia clara de forasteros; las delicias reposteriles maceradas en miel y canela que traen gustos remotos; ese bisbiseo que se escapa de los templos albergadores de hermandades. Es un "no sé qué" inexplicable que estruja a la totalidad de la urdimbre ciudadana, edificios y habitantes, y que va unido a la inmediata explosión de la vida primaveral, llevándonos al eterno dilema de la fiesta.



El fenómeno vivencial alcanza un clímax del que no escapa ningún rincón de la ciudad. Un nuevo período de vida se inicia como en los viejos y paganos calendarios. Nacimiento y novación se convierten en renacimiento y renovación. todo parece nuevo desde el centro a los suburbios, que subrayan entonces su ser y presencia. Pensando en esa acentuación anual de la personalidad de los barrios, no se hace difícil recordar un pasado, cuando las cofradías realizaban su recorrido penitencial visitando cinco sagrarios y dando vida a la colación en que estaban radicadas.



LA PASIÓN SEGÚN LOS BARRIOS

Tal vez el cardenal don Fernando Niño de Guevara, que en el Sínodo de 1604 ordenó la obligada estación en la Catedral, salvo las hermandades de Triana que la harían en la parroquia de Santa Ana, tal vez, decimos, hoy no fuera partidario de tal medida, sino de volver a las collaciones, auténticos marcos urbanos y verdadero caldo espiritual de muchas cofradías. Es siempre en el barrio, en su barrio, donde la hermandad alcanza las cumbres procesionales y son ellas -las cofradías- las que, llegada la Semana Santa, resucitan la naturaleza de aquél en la conciencia ciudadana.

El barrio se aglutina en torno a la parroquia; sus vecinos, unidos por espíritu, intereses y agrupación residencial, exhiben una homogeneidad socio-económica-cultural y, por lo mismo, unos rasgos de identidad. Pero las transformaciones de toda índole sufridas por el marco urbano y por el medio social, han originado la despersonalización de muchas de las antiguas demarcaciones. Sus límites se han roto; la población se ha desarraigado, nuevos grupos se han incrustado en su seno, y la noción o convencimiento de ser de tal o cual sitio se ha ido debilitando e, incluso, en la misma memoria de la ciudad se ha velado el conocimiento de la especificidad de un concreto solar urbano. En más de un caso, y es lo que afirmábamos hace un momento, el barrio sigue existiendo por la presencia de una hermandad y la devoción a unas imágenes, que anualmente proclaman su resurrección, la del barrio. Hagamos referencia a esos distritos y más que a ellos, cohesionados al amparo de un campanario,



fijémonos en amplios espacios de la ciudad que poseyendo en su seno más de una parroquia, ofrecen determinados nexos y parentescos.

Numerosas feligresías de Sevilla cuentan con la mínima e inicial iconografía pasional: un Crucificado y una Dolorosa. Ya la posee el Cerro del Águila, que, en septiembre, aunque la música y las flores se tornen un imposible, glorifica a su Cristo y Dolorosa bajo palio, aguardando el instante de convertirse en hermandad de penitencia. Para la vida espiritual de la parroquia esto es trascendente. La estatuaria de la Virgen, siempre traspasada por su dolor, y del Cristo vivo o muerto, se acrecienta en muchas hermandades con misterios diversos en los que figuran los momentos y los personajes claves del proceso de Jesús. Sólo Barrabás es el gran ausente. Fugaz y extraño personaje éste cuyo destino marcó el de Jesús. Están todos: los Apóstoles, Judas, Anás, Caifás, Pilato y su mujer, Herodes, Simón de Cirene, las Santas Mujeres y los Santos Varones, la Verónica, el Centurión, Dimas, Gestas... Falta Barrabás. ¿Qué fue de él? Y sin Barrabás la historia sería otra. Pudiéramos incluso, prescindir de Herodes o de Simón de Cirene, pero no de Barrabás. Nos hemos olvidado de él y en la imaginería se hace difícil su representación.

Pero volvamos a los barrios, tan cerca de Dios en Semana Santa y tan lejos a veces, y durante todo el año, de la preocupación municipal; volvamos a los barrios y hagamos un ensayo de circunscribir a ellos o a determinadas áreas urbanas. unidas por ciertas, visibles e invisibles, relaciones, la estación penitencial de las hermandades sevillanas.

Entre las iglesias de San Pedro, Santa Catalina, los Terceros y el que fue Convento de la Paz se extiende un histórico y aristocrático caserío con un amplio ciclo pasional: la última Cena, el beso de Judas, Cristo en el momento de ser alzado en la cruz, crucificado en la advocación de Burgos, y muerto en los brazos de su Madre, cuyo traslado es parte inolvidable de la Semana de Pasión.

La zona vecina, la de los recodos de San Román y San Marcos, sigue el discurrir del Cristo de los Gitanos y el de María con su Hijo muerto, de los Servitas. En este meollo urbano-espiritual de Sevilla tiene lugar una callada Semana Santa que la ciudad se guarda o escamotea, como tantos otros perfiles de su personalidad inaprensible.

Los varales de la Virgen de las Lágrimas de Santa Catalina están rematados



por espadañas de los conventos de clausura, siendo la de Santa Paula la más agraciada. Santa Paula se inserta en ese corazón urbano, y si ahora deambulamos de la minúscula espadaña de plata a la gigantesca de ladrillos, es para evocar esa Semana Santa, insólita, que a su sombra se desarrolla paralela a la otra gran Semana pasional. Semana Santa aquella interior y cerrada, al igual que la de cada sevillano, y la de los presos de la cárcel de Sevilla que en el siglo XVI hacían por los patios y corredores "una gran procesión con sus túnicas, derramando mucha sangre en memoria de la Pasión de Nuestro Maestro y Redentor Jesucristo. todo con mucha devoción, con sus pasos y música en la procesión, y con mucha cera", según recuerda el historiador Alonso de Morgado¹⁰. Sin la sangre de los presos, estas otras cautivas en la llevadera prisión de su clausura del monasterio de Santa Paula evocan la Pasión con notable sentimiento. El Domingo de Ramos procesionan por el claustro portando ramos de olivos, velas y una bella palma el capellán; el Jueves, a las cuatro, la priora realiza el lavatorio de pies y, más tarde, a las ocho, sirve la cena en gesto de humildad. Ya oscureciendo, vuelven a desfilar con su cruz de guía, ciriales, cirios y dos pasos donde van un Ecce Horno y una Dolorosa acompañada por San Juan. Algunas monjas soportan cruz penitencial y otras cantan saetas. El Viernes, celebrados los Oficios y poco después de atardecer, sacan un Cristo yacente y una bellísima Soledad, arropada, para hacerle menos intenso su desamparo, por ticia la Comunidad que, si el Jueves iba de blanco, ahora viste encima una larga y oscura capa. Hay como una mayor seriedad; los patios quedan más transidos de dolor, y el recorrido es inverso al del Jueves. Las religiosas, algo cansadas, pues muchas han permanecido en vela, sólo cantan el Miserere con la antífona "Christus factus est". Las monjas, que saben del oficio de sufrir, sufren viviendo la Pasión al tiempo que disfrutan de una de las ocasiones más emotivas y bellas de la vida monástica: el extraordinario cambio ambiental de patios y claustros en horas que sólo a ellas les es dado contemplar, teñidos de una luz que se ha recluso con la Comunidad para hacer mágico el escenario, y desbordarse esplendente el Domingo de Resurrección. La vigilia se ha celebrado antes que en la Catedral y la Congregación aguarda conturbada el repique de la Giralda que señala el instante en que madres, hermanas y novicias comienzan a tocar campanillas cumpliendo el mandato de Jesús: "Anda, ve a decirles a mis hermanos: Subo a mi Padre que es vuestro Padre, a mi Dios que es vuestro Dios." ¹¹. La Semana Santa Conventual de Santa Paula, recoleta, sentida,



sin barahúnda, sin bullicio, es la Semana Santa que muchos sevillanos viven en la clausura de sus vidas. Y es la del Nazareno silencioso y anónimo, desprovisto de todo protagonismo, consciente de que en la Pasión sólo hay dos actores: Jesús y su Madre.

Por San Juan de la Palma, San Martín y Feria, desfilan Jesús Orando en el Huerto, ante Herodes, y en la Lanzada de Longinos de los Evangelios apócrifos y Crucificado de las Almas. Aquí y en los demás barrios, cuando sus cofradías se marchan el ámbito se torna amargo y menesteroso, como también se torna agrio y necesitado el huerto solitario tras la prisión de Jesús. Falta algo en el barrio-huerto que se recobra al retornar la cofradía. No hay por eso melancolía mayor que la de unas imágenes refugiadas en otros templos, aguardando el momento de regresar a su collación. Las mañanas se hacen más hondas, las tardes más largas con la ausencia de esos seres que se aman y no pueden volver. todo está incompleto y vacío. Desolado. Bien que lo sintió el poeta Juan Sierra al cantar el desgarramiento de una ausencia:

*"Y la tarde del cielo
-fruta que amaba-,
mientras sale la Rosa,
nunca se acaba.
¡Ay cristal de Sevilla,
lazo y figura!
¡Qué Amargura la tarde
sin tu Amargura!"¹².*

El resto de la cartografía viaria hacia ese rumbo, por donde antiguamente entraban los Reyes, nos lleva a San Gil y San Julián, barrios que fueron huertas, que vibran con sus Vírgenes y admiran la Sentencia de Pilato y el Crucificado de la Buena Muerte con la Magdalena arrodillada. Cristo de la Sentencia, entre bizarros soldados romanos, todavía disciplinados, todavía marciales, todavía tremolando orgullosos sus crestas de plumas, todavía sin ser derrotados y dispersos por la madrugada insólita. Señor de la Sentencia, aprisionado en las décimas del poeta-académico Joaquín Caro:



*"Nunca fue tan popular
la sentencia de una ley:
ni hay otra imagen de Rey
tan triste de sentenciar
Sevilla sale a cantar
tu procesión de inocencia.
La tradición y la herencia
de su sangre enamorada
escucha en la madrugada
el tambor de la Sentencia.*

*Toda la noche tu lado,
Señor y ya, es mediodía.
Toda la trompetería
anunciando tu pasado.
Todo mi antifaz morado
de macarena añoranza.
Puedo ya morir. Me alcanza
tu alondra de transparencia
que detrás de la Sentencia
tiene siempre la Esperanza"¹³ (13)*

La Esperanza Macarena

Menos populares, pero puros y con perdurable sentido de barrio, remansados en un tiempo perdido, con aromas de ausencias, se alzan San Vicente y San Lorenzo. En el primero, Jesús de las Misericordias con la cruz a cuestas es seguido por el caído de las Penas y los Crucificados de la Expiración, Siete Palabras y Veracruz. Barrio de Cristos sublimes esta parcela del entramado en peligro de Sevilla, sobre el que pende otra grave sentencia. Cristo de las Penas de San Vicente; Cristo abatido. ¿Por primera vez? ¿Por segunda vez? ¿Por tercera vez? ¿A quién miras? Curiosamente los evangelistas pasan con rapidez por las horas de la vida de Jesús comprendidas entre la decisión y condena de Pilato y el Calvario. Sólo San Lucas recoge el encuentro con Herodes y las mujeres de



Jerusalén. Pero ni a su paso por las casas de Anás y de Caifás, ni a su primer diálogo con el cobarde Pilato, ni en su entrevista con el frívolo Herodes, ni en su nueva estancia en el palacio del procurador romano, los textos sagrados hacen referencia a sufrimientos o penas de Jesús. Ni a sus desfallecimientos. Aluden a los castigos y burlas que padece, sin mencionar el posible reflejo de ellas en su rostro. Tampoco en el espacio que recorre con el madero; sin embargo, los artistas han representado esas caídas símbolos de las nuestras, y esas penas y sufrimientos. Traspaso es la palabra; traspaso como aflicción o angustia que atormenta. Traspaso del Salvador abofeteado, escarnecido, flagelado, coronado de espinos y con una cruz auestas en soberana zancada o en grácil paso y mecida túnica, solitario o con el Cirineo; en derrumbada postura acompañado, y solo, penosamente solo, vuelto hacia nosotros el rostro, de agónica mirada y palpando el suelo con su mano al tiempo que parece musitar: ¿Pero no veis el peso que soporto? Ayudadme. Nos lo piden también esos angelitos que sustentan el extremo de su cruz con sólo acariciar la contera ¡Ay Señor de las Penas; penas como dolor, penas como castigo, penas como pesadumbre, penas como expiación, quién me diera que yo lograra penar contigo!

Por San Lorenzo realiza su camino doloroso Jesús abofeteado, Jesús arrastrando poderosamente su cruz y muerto en el Buen Fin. Imponente este Jesús de los graneles poderes, de "coagulada sangre negra, gorda"¹⁴, que en el último trecho de su recorrido, aparece así en la coda del soneto antológico que firmó Rafael Laffón:

*"Desmayo de violetas, y el ventalle
que el vidrio helado empáñale al lucero...
El alba, en fin, que asoma por la calle.*

*Y en las manos de fiebre su Madero,
como asido a un sangriento gobernalle,
va Jesús-ya entre rosas-, timonero"¹⁵.*

El denominado Centro, el casco viejo, es lógicamente rico en representaciones procesionales debido a la amplitud de su espacio y al número



de templos que encierra con hermandades. Desde la alborozada entrada en Jerusalén al patético traslado de Jesús al sepulcro de la parroquia de San Andrés. El alfa y omega de la Pasión. Jesús figura en los misterios de su prendimiento, abrazando la cruz en su elegante silencio (el mejor pregón de la Pasión). Pasión hemos dicho. Aquí se impone un silencio que suena dentro del alma y una pausa antes de la primera caída de Jesús. Pasión de Jesús; pasión que en Pasión se hace pasividad. Que eso fue la Pasión de Jesús. "Todos los verbos a ella referidos están conjugados en pasiva, Cristo es prendido... La pasión no fue una hazana hercúlea, la gesta gloriosa de un titán. No fue tampoco una acumulación de tormentos que el Hijo de Dios buscarse activamente para demostrar la magnitud de su sacrificio o para darnos un ejemplo sublime de fortaleza. El no hace nada, sólo deja hacer. Ni siquiera predica... Jesús callaba"¹⁶. Decía sin decir nada, como en los versos de María de los Reyes Fuentes:

*"Y para más contraste a la demencia,
al odio y al estruendo del gentío,
contestaste además, tras la mirada,
en otro gesto de tu gran paciencia:
tu silencio. Señor, qué desafío.
qué modo de decir, sin decir nada"¹⁷.*

"Ninguna actividad visible a lo largo de esas horas...

Sin embargo, su muerte no era sólo pasión, sino también acción!... El mismo se entregó a sus enemigos: El mismo se constituye, en prisionero. "Nadie me quita la vida, soy yo mismo quien la doy"...¹⁸ "Nada de eso impedirá... que sea real verdadera su muerte...

Cristo hubo de asemejarse en todo a nosotros para que su muerte fuera completamente humana"¹⁹. Y esa realización apasionada de su destino como hombre se sucede en las escenas del barrio Viejo con:

-Jesús de las Tres Caídas,

-Y Jesús rodeado de las piadosas mujeres y la Verónica,



-Y Jesús en el trance de ser despojado de sus ropas,

-Y Jesús dialogando con los ladrones,

-Y Cristo en su Coronación y muerto en el Calvario,

-Y muerto de Buena Muerte,

-Y muerto de Amor

-Y cualquiera de los Descendimientos de Pedro de Campaña, hechos maderas angustiosas en la Quinta Angustia,

("¡Oh sagrada verdina tu cuerpo de costado en el panal celeste del Jueves milagroso!")²⁰ (21).

Y María sola al pie de la cruz con la banderola de una sábana, y, finalmente, esa misma acongojada Virgen trasladando a su Hijo al sepulcro en unión de los amigos. Conmovedora escena que se hace ya teatral en el Santo Entierro. En medio de este itinerario desarrollado entre el ingreso en Jerusalén y el ingreso en el sepulcro, su muerte humana y buena.

¡Buena Muerte como lección! Desde el madero de la cruz, en el que yace sosegadamente vencido, dicta la mejor enseñanza universitaria. Con su ejemplo nos está orientando, dirigiendo, estimulando. Porque no es óptimo profesor el mejor orador y, ni siquiera, el que mejor explica. No hay superior aviso que el de la entrega total, hasta la muerte. Buena Muerte. Entrega y dedicación exclusiva de Jesús desde su Veracruz, desde sus Aguas, desde su Expiración, desde sus Almas, desde su Sangre, desde sus Misericordias, desde su Sed, desde su Salud, desde su Buen Fin, desde sus Siete Palabras, desde su Fundación, desde su Calvario, desde la Buena Muerte de quien murió de Amor.

Formando parte del viejo barrio, cual hijuelas suyas, tenemos a San Esteban, San Nicolás y Santa Cruz, donde Crucificados y Nazarenos abren paso a Dolorosas. Nos alejamos de estas colaciones para volver pronto a una de ellas, a mi barrio, Santa Cruz.



AMÉRICA BARRIO DE SEVILLA

A la vera del río, el Arenal -Cestería, Carretería y Pescadería-; el Arenal revive la romántica estampa de Jesús en compañía de los dos ladrones, Cristo de las Aguas y María piadosa con su hijo en el regazo. Por esta fracción de la ciudad estaba una de sus más importantes puertas, la que se abría hacia América, arrabal ultramarino de Sevilla. Por aquí marcharon todos los supuestos culturales de la colonización a punto de conmemorarse en sus quinientos años. Los hombres que por el Arenal de Sevilla embarcaron hacia el Nuevo Mundo, no sólo se encomendaron a las advocaciones de la Antigua, Victoria y Buen Aire, sino que acarrearon sus creencias y ceremonias religiosas implantando al otro lado del mar un trasunto de la patria grande y de las patrias chicas. Dábase, además la vinculación de los maestros, marinos, pasajeros y cargadores a las hermandades, cual es el caso de las trianeras Nuestra Señora de la Esperanza y Nuestra Señora de la Estrella; y también Nuestro Padre Jesús de la Pasión que en 1573 accedió a admitir como hermanos a las personas que viviesen en Indias, tradición proseguida con los siglos.

La siembra del Evangelio en el Nuevo Mundo fue un objetivo primordial en el empeño de la Iglesia, en el del Estado y en el celo individual de colonos y religiosos, que en su difícil tarea usaron de las hermandades, cual instrumentos pedagógicos o catequizadores. Las hermandades de América, como aquí, aparecen formando parte de la vida del pueblo y, como aquí, agrupando a todos los sectores sociales. Los gustos y aficiones de los aborígenes favorecieron el



desarrollo de las procesiones. Procesiones con cantos, músicas, flores y pasos. El Domingo de Ramos, mujeres, hombres y niños indios cortaban ramas que arrojaban al camino con sus mantas. Mientras los chiquillos se subían a los árboles, como el Zaqueo de la Borriquita, los mayores cargaban los pasos y ramas. Fueron las hermandades de penitencia las más ostentosas. En San José de los Naturales (México) había una procesión cada día de la semana. México es el único país de habla española donde la palabra Cofradía aún aparece en una treintena de topónimos. En aquella Nueva España se procedía como en la Vieja España; y resultaba admirable en la localidad citada, la segunda procesión del Jueves Santo en la que acompañando al Cristo se llegaron a contar hasta tres mil santos Cristos, pues cada indio transportaba el suyo; mientras otros llevaban cirios o se flagelaban las desnudas espaldas al son de rezos, y soñando a ser nazarenos que queman copal al nuevo Dios en lugar de incienso.

Orden, silencio y compostura caracterizaban a estas manifestaciones penitenciales en las que los aborígenes con el tiempo y debido a su afición se convirtieron en maestros de los españoles y dejaron de soñar para ser nazarenos e imagineros, autores de conmovedoras escrituras, como el Jesús del Gran Poder de Quito. En Lima era igualmente suntuosa la Semana Santa; los miércoles con los nazarenos de Santo Domingo de túnicas moradas y pesadas cruces; el jueves, la Veracruz, seguida de indios y mulatos; el mismo jueves por la noche salía el Cristo de Burgos; y el viernes, la Soledad, del convento de la Merced y la de San Francisco con más de mil penitentes. Aquí en Lima, impone hoy su devoción el Cristo de los Milagros, que hace veinte años vi y me emocionó, paseado a hombros de mujeres después de un terremoto²¹.



TEORIA DE LAS PUERTAS

Retornemos del barrio allende los mares, a los barrios aquende el río. Más allá de las murallas, por puertas que fueron y por puentes enlazadores, avanzan hacia el corazón de la vieja ciudad nazarenos en los que se hace más consciente la idea de que abandonan su barrio para entrar en la urbe. Ya no existe la cerca almohade, y de las puertas queda una convertida en arco triunfal. ¿Tendría Sevilla como ciudad murada, nos preguntarnos, la gracia que adorna a su quebrantado caserío? ¿Habría dos ciudades si persistiera la cerca? ¿Sería Sevilla una ciudad con rostro agresivo y hosco? Si mantuviera su muralla, con sus torres y sus puertas, ¿exhibirían sus habitantes el mismo carácter? ¿Regalaría la urbe, que siempre se muestra acogedora, ese abrimiento, seduciendo a todo el que a ella viene? Porque los de fuera puestos a ser sevillanos en Sevilla, suelen serlo más que los mismos sevillanos. Eran los genoveses, recuerda un cronista, quienes el Jueves Santo en la noche realizaban un solemne y conmovedor desfile visitando cinco o seis iglesias con gran derramamiento de sangre y lágrimas²². Entonces, siglo XVI, la Semana Santa era ya grandiosa según lo demuestra con su desconcierto otro cronista, y con su pasmo el pícaro Guzmán de Alfarache que no se recata en admitir haber quedado fuera de sí" no pareciéndole que aquello pudiera ser y exceder mucho en las obras a lo que antes le habían dicho con palabras"²³. Lo mismo siguen y seguimos sintiendo y pensando de nuestra Semana Santa, casi 500 años después. Es su milagro; y cuando el Barroco ha pasado ella pervive en su barroquismo porque es más un producto de la fe, que un fenómeno estético. Los muros de la ciudad cayeron, la separación física se



rompió y el caserío se desparramó por su entorno. Persisten los hitos de acceso a modo de una frontera entre esos arrabales lejanos y no tan lejanos (América, Triana, San Bernardo, la Calzada, San Gonzalo, etc.) y la ciudad imaginadamente amurallada que mantiene su clausura a la que se ingresa por puertas regladas. Los puentes y puertas que caen a la parte de oriente son sendas y supuestas entradas por donde una lejana constelación de barrios exhiben un completo retablo doloroso. Las parroquias-barrios extramuros por Oriente, desde la Trinidad a San Bernardo, con una prolongación hacia el Porvenir, se hacen presente en la marcha procesional todos los días de la semana, salvo el viernes. Y en anacrónica exposición veneran una completa secuencia: Jesús cautivo y abandonado en el Huerto de los Olivos, en su presentación al pueblo. en el instante de recibir la cruz, con la cruz a cuestas, muerto en el madero y en su descendimiento.

A través de las puertas de Jerez, la Carne, Carmona y Osario retornan estos misterios a sus refugios, que así lo proclama una de sus Vírgenes para vivificar a el Porvenir, San Bernardo, Nervión, Tiro de Línea, la Calzada, San Roque y la Trinidad. Toda una teoría de las puertas es factible desarrollar en este examen de la expresión semanastera según porciones del plano ciudadano. Puertas del Evangelio, puertas de la ciudad, puertas de los templos, puertas de los sentidos. Puertas, en fin, del Cielo. Puertas símbolos, puertas que no existen físicamente, puertas que existen y que son la expresión plástica de las simbólicas, puertas por donde se introduce en la personalidad del sevillano el mundo sensorial que lo dispone para "su tiempo".

La puerta angosta figura en los Evangelios en oposición a la ancha, fácil de cruzar, que conduce a la perdición. La puerta reducida lleva a la vida; pocos dan con ella, y se impone luchar para franquearla, pues muchos lo querrán hacer y no lo conseguirán. El que la atraviesa, alegoría de Jesús, estará seguro y podrá entrar y salir²⁴.

Las puertas de nuestros templos plasman materialmente lo que en el Sermón de la Montana es una metáfora. Cada tránsito de un paso, con sus enormes escollos, reproduce en esta libérrima transposición nuestra, la imagen evangélica. Por esas puertas y por las de la ciudad y por las del alma del sevillano, se muestra la que fue llamada Puerta del Cielo, luciendo el dolor de sus ojos, que



en la Virgen del Valle se hacen profundamente tristes desde que en ellos se aposentó el verdor de un Getsemaní sin Jesús.

Pero hay algo más, más allá del simbolismo que le acabamos de asignar, hay algo más de incitante en las puertas de las iglesias sevillanas: su mudez impasible en la espera anhelosa de una salida, y su hermetismo sin apelaciones cuando la traspasa el último nazareno. A uno y otro lado de ellas dos mundos se van ordenando de modo inverosímil. Increíblemente la hermandad, en las naves penumbrosas, cobra ordenado cuerpo entre insignia e insignia; sorprendentemente la muchedumbre, hervidero ondulante en la calle o plaza, luminosa u oscura, se apretuja y sitúa. Entre ambas multitudes, separándolas, las viejas y duras hojas de madera claveteadas, cuya apertura permite el tránsito de un fulgor o de un silencio asombrados, tras el cual siguen dos hileras de hieráticos nazarenos que, sin violencia con su lanza de cera y luz, penetran en la aglomeración humana expectante y abigarrada, proveniente de todos los sitios. Tal vez, ninguna puerta más enigmática que la del Silencio al abrirse para dar paso a una actitud espiritual hecha materia; tal vez, ningún sonido más escalofriante que el que encierra a la Soledad poniendo punto y final al Drama de la Pasión.



LA OTRA ORILLA

Desde la otra margen del río por Poniente, se encaminan hacia el casco antiguo unas cofradías a través de dos puentes e imaginarias puertas: Jesús en presencia de Caifás, atado a la columna, con la cruz a hombros, postrado en tierra acompañado por el Cirineo, en actitud orante antes de la crucifixión, y aspirando la postrera bocanada de aire. Los puentes de la ruta de Poniente son Gólgotas y calzadas por los que la otra orilla, trianera sobre todo, esparce su dolor y su alegría mañanera, vespertina o nocturna con sus Señoras. Lo celebra en la hermosura de la Victoria; con una letra por nombre; con una advocación robada al cielo y única ella entre todas las Dolorosas sevillanas, que tiene en la Catedral otra Virgen de la Estrella, que año tras año la aguarda y la ve pasar majestuosa; y, por último, la Niña Bonita de Santa Ana en el piropo del poeta que le pide enseñe a esta tierra a llorar a su manera, y que deje el mar para ver en la mañana cómo "crece la ola del gentío" y salta el corazón del río "por encima del Puente de Triana". El puente, vía finita para las Señoras afligidas, es camino inacabable para quien afirmó ser el Camino, que muere bebiéndose todo el aire de Sevilla y copia su agonía en el río estremecido, tal cual lo cantó Aquilino Duque:

*"Esta noche, Manuel, tú sobre el puente,
Tu sobre el río, prometiendo abrazos
que nunca habrás de dar porque no puedes,*



*porque un madero y unos clavos dicen
que nadie es libre de morir su muerte.
Esta noche, Manuel, tú sobre el río.
Quién te puso coronas de saetas,
Cachorro de Sevilla...
Quien pudo hacerle interminable el tránsito
Hoy no se pasa: aquí muere Sevilla
mientras tu silueta va en el río
caminando otra vez sobre las aguas...*

Esta noche, Manuel, tú sobre el puente"²⁵.



MI BARRIO, UN BARRIO IMTEMPORAL

Mas, yo quiero referirme a mi barrio, compendio de los demás, y en la salida de su hermandad personificar a todas las cofradías. Mi barrio, Santa Cruz, comienza cuando la ciudad decide hacerse pueblo. Miradores, halcones, cal, farolillos y alizares se confabulan en el montaje de su escenografía, donde lo viejo es cada vez más viejo y lo nuevo se hace viejo. Tiene calles con sorpresas y secretos. Calles rotuladas: Vida, Agua, Pimienta; Cruces, Gloria y Barrabás, todo un compendio teológico. Bellas, lluviosas y con sol, de noche y de día. Posee plazas, algunas casi clandestinas para hacer mayor el misterio de su urbanismo. A mi barrio lo forman casonas y casas vetustas y nuevas, habitadas y deshabitadas, con cancelas, patios, fuentes, jardines, macetas y pájaros cantarines y sin hoteles, apartamentos y pensiones. Por sus estrechas y laberínticas callejas corretea una sutil espiritualidad musulmana, judía y cristiana. Viven en él ricos y pobres; buenos y malos; artesanos y hombres de profesiones liberales; nacionales y extranjeros; nativos y foráneos. Hay en él lisiados, enfermos, viejos y niños que reclaman todo el amor del mundo. Están todos los que aparecen en los Evangelios.

Carece de graneles entidades bancarias o de deslumbrantes almacenes que incitan al consumo; posee comercios pequeños y sorprendentes en su contenido; fruterías tentadoras, librerías elegantes con títulos extranjeros y tiendas de "recuerdos" y de trueque para cambiar libros, al lado de otras llenas de cerámica popular; panaderías olorosas con docenas de nombres para llamar al



pan; tascas íntimas y sin intimidad; restaurantes que huelen a platos exóticos y a guisos caseros; modestas imprentas cuya música es un canto a la cultura ; salas de exposiciones; tiendas-bares, que lo mismo despachan un vaso de vino que comestibles ; freidurías y tabernas; farmacias, quioscos de periódicos, un estanco, unos zapateros, un encuadernador, un restaurador, un lechero, unos anticuarios, unos barberos... Colegios de niños con lápidas rogando no martirizar a los pájaros; estudios de pintores y arquitectos, consultas de médico, bufete de abogados... Y unas Reales Academias, donde personas estudiosas se preocupan de la Historia del Reino de Sevilla, de la Medicina y de las Bellas Artes.

Es dueño de un convento por donde anda el espíritu de Santa Teresa, con religiosas que encuadernan libros, hacen cilicios y crían codornices. Tiene iglesias y capillas. Y una Escuela de Cristo insólita y un más insólito y abandonado Hospital para Venerables Sacerdotes.

Persiste en él un callado vivir de judíos y cristianos. Al-Mu'tamid, Susona, Lope de Rueda, Don Juan Tenorio, Justino de Neve, Murillo, Valdés Leal, Washington Irving, Lord Byron, Juan Talavera, Cernuda, don José Sebastián y Bandarán y otros seres excepcionales como ellos forman parte de su patrimonio.

Su sencillo caserío se prolonga en las arterias del también hebreo, y hermano separado, San Bartolomé, y muere o se diluye al llegar ante la arquitectura bélica del Alcázar. ¿Quién se rinde ante quién?; y cuando edificaciones de mayor porte e ínfulas se alzan trazando una frontera, ¿quién limita a quién?; y cuando se da de bruces con la sorpresa de la Torre Mayor que enarbola en su cimera la leyenda Turrís Fortissima, cual dosel a todas las Vírgenes de Sevilla. ¿Quién admira a quién?

Carece de tiempo. Es un barrio sin horas. Sobre sus tejas resbala el bronco bronce de su parroquia y de la Giralda, y el ladino replicar de las campanitas monjiles. La campana monástica le va señalando un tiempo de clausura, que es de otro mundo; y el cercano reloj de la Torre Mayor y el lejano de la Universidad, apenas logran introducir sus tañidos en este recinto intemporal. En él sólo existen los minutos de los que en él viven y en él quieren morir, tal como lo deseó el rey-poeta árabe, vecino que fue del barrio.



*¡Dios disponga que yo muera en Sevilla,
y que en ella se abran nuestras tumbas a la vida futura!*

La hermandad de mi barrio es tan admirable como el barrio mismo. Primor diario el barrio; prodigio anual la cofradía. Prodigio, ¿por qué es distinta a las otras hermandades? No; es similar, y las otras también son extraordinarias. Por eso podemos simbolizar en la salida de la cofradía de mi parroquia, con su señora iconografía de un Cristo y una Dolorosa, a todas las congregaciones sevillanas.

El paso del Crucificado fue subido lentamente, lentamente, como si no se quisiera lastimar al herido. La cruz había sido bajada, y el Cristo de las Misericordias lo mismo semejaba hundirse irremediabilmente en un calvario de claveles rojos, que ascendían sobre ese monte. Menguó el vocerío de la calle y se escuchó sólo el arrastrar sobrecogedor de unos pies.

El paso de Virgen, al tercer golpe de plata, se puso en pie bruscamente con quejidos de maderas y metales y comenzó a resbalar. La multitud rumorosa se volvió queda; imperó un silencio diáfano que permitía percibir el aliento de la muchedumbre, y el recitar de Juan Sierra:

*·Rosa en el alma de la brisa boga
la morena fragancia de la cera
cuando la plata se deshace en ramos.*

*¡La Virgen sale! En su collar se aboga
la luna azul que enfría la primavera
como esa carne que al morir besamos...¹²⁶ (26)*

La Virgen sale. Virgen intacta, encantadoramente femenina. Únicamente se escuchaba la voz conductora y un susurro de pasos y de cimbreantes varaes y bambalinas.

Al irrumpir el trono doloroso más allá del difícil dintel -puerta estrecha-,



una niña entusiasmada aplaudía subida al púlpito y la gente comenzó a respirar. La tarde íntegra, espacio y almas, que se había encogido y parado unos minutos, saltó alegre ante el anclar lleno de gracia y humano de la Señora. Humano hemos dicho. Sí.



HUMANIZACION DE LA SEMANA SANTA

Es San Lucas quien nos ha dejado el Evangelio más "humano". Su narración es viva y plástica. Describe la vida; pinta unos seres con sus sentimientos humanitarios. ¡Cuán naturales y conmovedoras son las palabras de los discípulos de Emaús al Jesús resucitado!; "Quédate con nosotros, que está atardeciendo y el día va ya de caída"²⁷. No te vayas todavía. O las del Buen Ladrón al Cristo agonizando: "Jesús, acuérdate de mí cuando vuelvas como rey"²⁸.

Humana como estos emotivos episodios es nuestra evocación. Quinto Evangelio. Y ese humanar sevillano de la tragedia y de sus figuras, resulta incomprendible para el que no lo vive, sino que lo observa y no llega a enterarse de las Semanas Santas que experimenta en su soledad cada nazareno. La Semana Santa de Sevilla es humana en miles de originales detalles. Lo es en el culto familiar, cariñoso, a las imágenes; efigies-símbolos cuya ayuda necesitamos y a las que otorgamos cualidades sin fetichismo. Lo es cuando en los umbrales de la Semana Mayor los titulares bajan y se acercan a los hombres en Quinarios, Triduos y Besamanos redundados de liturgia, cera, incienso y flores. Lo es en las prácticas de ataviar a una Virgen; tal humanización, que no idolatría de la que hay que huir según San Pablo, esclarece muchas actitudes. La de unos hermanos que repudian contemplar el proceso de restauración de una escultura expuesto descarnadamente; y explica el que haya miembros de una Junta de Gobierno reacios, por pudor, a presenciar la ceremonia de ponerle toca, joyas, saya y demás ropas a la Virgen. Y es así; todos sentirnos eso. Nos resistimos a mirar una



representación sin majestad, sin misterio, sin dolor, humanizada, aunque la estamos humanizando en el momento de vestirla, como repudiamos contemplar a seres queridos en trances en que su dignidad queda rebajada. Le concedemos a esas hechuras de madera el don de seres como nosotros y el descender las cortinas de su intimidad nos parece como romper la puerta de una habitación vetada o como prorrumpir en una clausura. En estas consideraciones en torno a la humanización de las imágenes, querernos evocar las vivencias de quienes no ha mucho tuvieron que arrostrar el tremendo deber de segarle el torso a su Jesús Cautivo. Cautivo; es decir, más que nunca indefenso por maniatado. Había que trasplantar la cabeza al nuevo cuerpo de bulto, todo labrado, obra del mismo imaginero que treinta años atrás dio vida a la figura. Estoy seguro que ninguno de los asistentes ha olvidado la escena: una luz mínima, un hermano, pues los demás han rehuído ser testigos; y el imaginero. en compañía de su amigo el artesano carpintero, que con el serrucho espera a que la figura sea desnudada y tendida. Cuando el corte se inicia en la carne de madera el carpintero tiembla, tiembla el imaginero, tiembla el hermano convencidos de que están decapitando a Jesús. Más se azoga quien aserrucha y tropieza con algo que impide su "inicia" tarea... Es un clavo. El antiguo cuerpo será quemado en ritual hoguera y las cenizas, contenidas en una bolsa de terciopelo con un documento, introducidas dentro de la nueva talla. Por segunda vez, caso extraordinario, el imaginero ha vuelto a crear y a sentir que lo hecho se torna ajeno a él y se ha puesto a rezarle a 'su' imagen, que ya no es suya.

Son humanas y no son milagreras las Vírgenes y los Jesús pasionales. Merecen una especial devoción, pero salvo alguna que otra, ninguna entra en el circuito semanal del rezar sevillano que cuenta con un santo para cada día. Tampoco, por otro lado, son milagreras esas advocaciones que el sevillano visita de lunes a sábado, pues sus gracias no se sitúan fuera del orden de la creación tal como la actitud dogmática primitiva concebía el milagro, ni se consideran sus favores como una "derogación de las leyes de la naturaleza".

El milagro no es sólo hecho maravilloso, sino que es también signo de salvación. Signo que escapa al juicio de los hombres, que sólo el beneficiado puede captar, y que no tiene nada que ver con la competencia científica. El contiene intervención divina favorable con significado espiritual²⁹. El milagro es prodigio y mensaje, y en este caso: ¿Qué mayor milagro que esta Semana Santa



concebida, hecha y vivida por Sevilla a su imagen y semejanza,

Es posible que no lo sea para el espectador, como no lo son para nosotros ciertos "milagros" neotestamentarios, verbi gracia, la curación de la suegra de Simón Pedro, comprensible por las leyes de la psicología; pero sí lo es para nosotros -testigos de excepción y beneficiarios-, como lo fue para los discípulos de Jesús aquella curación.

La Semana Santa es una conjunción de vivencias habidas en unos lugares y en unas horas de terminadas, donde el dolor y la muerte se tornan motivos estéticos, y en las que los nazarenos no recuerdan, sino que viven un hecho que está pasando ahora con tal poder de convicción, que incluso la gente llega a convertirse en personaje de la escena.

La Semana Santa de Sevilla y en Sevilla es toda ella un portento que dura más allá de siete días, más allá de un año. Es, debe ser, un milagro eviterno, que persiste por la sobreabundancia del amor de Dios, por su acción especial. Una maravilla que tiene como razón de ser -como todo hecho extraordinario o milagroso- la acción del Dios trascendente que padeció, murió y resucitó en el milagro de los milagros.

Así lo cree y vive Sevilla en sus distintos barrios y hermandades; así lo creo yo, vocero-instrumento de ella. Por eso he hablado. "He hablado porque he creído", dijo Pablo a los corintios. Y yo, hoy, repito con el Apóstol y digo a toda Sevilla: he hablado porque creo.



NOTAS

- 1 Mt. 17,2.
- 2 R. Caro, Antigüedades, 63.
- 3 R. Caro, Antigüedades, 20.
- 4 R. Caro, Antigüedades, 20 v.
- 5 R. Caro, Antigüedades, 47.
- 6 A traveso la Spagna, Milano 1882.
- 7 El mundo del Nuevo Testamento, dirigido por Johannes Leipoldt y Walter Grundmann. Madrid, Ediciones Cristiandad, 1973, pág. 462.
- 8 Rm. 5,6
- 9 San Agustín: Confesiones, Lib. XI, caps.13-14.
- 10 Historia de Sevilla. Sevilla, 1587. Lib. II fol. 64.
- 11 Jn. 20, 17.
- 12 Palma y Cáliz de Sevilla. Poemas de la Semana Santa. Madrid, 1944.
- 13 Verso facilitado por el autor y que enmarcado se conserva en la Hermandad de la Macarena
- 14 Juan Sierra; Ob. cit.
- 15 Rafael Laffón. Adviento de angustia. Colección de poesías Halcón. Valladolid 1948
- 16 Mt. 26,63
- 17 Soneto publicado en el diario "ABC" de Sevilla, jueves 4 de abril 1985.
- 18 Jun. 10, 18
- 19 José M Capdevila. Consolación de la brevedad de la vida, págs. 21-11
- 20 J. Sierra: Palma y Cáliz de Sevilla.
- 21 Robert Ricard. La conquista espiritual de México. México 1947 pág. 339
- 22 Luis de Peraza. Historia de Sevilla. Transcripción, estudio y notas por Fco. Morales Padrón. Sevilla, 1979 pág. 71.
- 23 2ª Parte. Lib.III, cap VI
- 24 Mt 7, 13 y 14; Jn. 10,7 y 19.
- 25 La calle de la Luna. Sevilla 1973
- 26 Ob. cit,
- 27 Lc. 24, 29.
- 28 Lc. 23, 42
- 29 Cfa. León-Dufour (editor): Los milagros de Jesús. Madrid, Ediciones Cristiandad, 1979. Págs. 15 y ss



